

Fernando Gilabert Bello

# Llenaremos de sal vuestros campos. Reflexiones en torno a la guerra y el nihilismo

## 1. *Introducción. La guerra nunca cambia*

«War... war never changes...» resuena en la voz de Ron Perlman mientras se suceden imágenes en blanco y negro de la II Guerra Mundial, de los bombardeos sobre poblaciones civiles, de los ejércitos desfilando antes de marchar al combate, de la ciencia y la técnica aportando su grano de arena a la destrucción en el Proyecto Manhattan, de las ciudades devastadas, finalmente, del hongo nuclear<sup>1</sup>. «War... war never changes...». La cita original se atribuye tanto a Ulises S. Grant<sup>2</sup> como a Napoleón<sup>3</sup>. Ambos están considerados entre los más grandes estrategas militares del siglo XIX, pero sus tácticas forman parte de un entramado bélico muy distinto al de las guerras del siglo XX y más aún a las del XXI. Distintos, sí, pero la guerra, la guerra nunca cambia...

<sup>1</sup> T. Cain, *Fallout*, Interplay, Irvine CA 1997.

<sup>2</sup> «I have never advocated war except as means of peace, so seek peace, but prepare for war. Because war... War never changes. War is like winter and winter is coming». La cita, bastante popular entre la comunidad *geek*, se le atribuye a U. S. Grant, poco después de dejar el cargo. Sin embargo, en sus documentos, sólo se encuentra la primera parte de la cita, en la *Ulysses S. Grant Presidential Library*, en una nota publicada en «The Times», el 15 de junio de 1877: «Although a soldier by education and profession, I have never felt any sort of fondness for war and I have never advocated it except as a means for peace. I hope that we shall always settle our differences in all future negotiations as amicably as we did in a recent instance».

<sup>3</sup> «The great Napoleon won his victories because the Grand Army could outmarch the enemy. It is the same to-day. War never changes. Only weapons are new. Yet it is not always the weapons, but the men who handle them, who win victories». La atribución de dicha sentencia a Bonaparte proviene del jefe de camareros de un restaurante sin nombre en un lugar no especificado de Francia, hablando durante los primeros meses de la I Guerra Mundial. *The World's work: The Conduct of the War*, 29, 1 (1914), p. 41.

Los rostros de Vládimir Putin y Volodímir Zelenski aparecen cada día en las noticias acerca de la guerra entre Rusia y Ucrania; sólo a veces aparece un tercero en liza, como Yevgueni Prigozhin, Leonid Pásechnik, Dmitró Kuleba o, incluso, Joe Biden, pero los medios ofertan el enfrentamiento como un choque exclusivo entre los presidentes de las naciones en liza, en un conflicto que parece iniciarse en febrero de 2022, cuando el gobierno de Moscú decide la invasión. Sin embargo, oficialmente, la guerra no es tan reciente: está en curso desde 2014, cuando los rusos se anexionan la península de Crimea (y estalla la crisis del Dombás<sup>4</sup>). Aún más, las tensiones en la zona vienen desde el desmembramiento de la URSS. Pocos actores memorables y miles de víctimas, entre fallecidos y refugiados<sup>5</sup>. Ello nos señala que la guerra, la guerra nunca cambia...

No es intención de este estudio hacer un análisis de la confrontación ruso-ucraniana, desgraciadamente aún en ciernes. Tampoco de ninguna otra guerra concreta de la historia. Más bien, lo que se pretende es elucidar cómo la guerra forma parte del juego nihilista al que está abocada la civilización desde su propio amanecer, hasta el punto de que pueda parecer su avatar por su poder de destrucción. Pero ocurre como en el ajedrez: el poder de la dama, la figura más poderosa del juego, sólo sirve para la protección del rey, la pieza más importante sobre el tablero. Esto es, aquello que aparentemente puede tener un papel primordial en toda exposición acerca del nihilismo, que, representado como un vacío de todo sentido, en realidad oculta un significado intrínseco todavía más fundamental, algo que no responde únicamente ante el poder destructivo de la civilización cuando entra en conflictos bélicos, sino que yace de antemano en su corazón mismo, como algo inmutable que pertenece a la propia esencia de la civilización.

<sup>4</sup> La tensión comienza realmente con el llamado *Euromaidán* de 2013, cuando Ucrania tras haber firmado un acuerdo con la Unión Europea para su incorporación, se aleja al no querer cumplir lo exigido por el grupo de los 25, entre ellas la liberación de presos políticos. Las protestas y el vacío de poder posterior a la disolución es aprovechado por el gobierno del Kremlin para iniciar una ofensiva excusándose en el peligro que corrían los prorrusos de Ucrania, radicados en la región de Crimea. V. *Ukraine's envoy says Russia "declared war"*, in «The Economic Times», 24 de febrero de 2022.

<sup>5</sup> Mientras dure el conflicto las cifras no son fiables, pero se estima que desde 2022 ya han muerto en el conflicto unos cien mil soldados y unos quince mil civiles. V. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, *Conflict-related civilian casualties in Ukraine*, 20 de marzo de 2023.

## 2. La proclama del viajero, sombra de Zarathustra

En *Also sprach Zarathustra*, Nietzsche pone en voz del viajero, sombra del profeta, un canto en el que recuerda su estancia entre las hijas del desierto. Tal canto comienza y acaba con una aseveración terrible: «El desierto crece: ¡Ay de aquel que esconde desiertos dentro de sí!»<sup>6</sup>. Tal sentencia tiende a interpretarse en esencia como metafísica, siguiendo la prescripción heideggeriana de poner a Nietzsche fundamentalmente en relación con Aristóteles<sup>7</sup>. Los dos, Aristóteles y Nietzsche, son los extremos de una misma línea que toma el relevo filosófico de Platón, ambos con críticas que conciernen a la interpretación platónica del mundo en dos niveles: el estagirita aduce la materialidad de la sustancia asociada a la forma, por lo que el mundo de las ideas no puede ser previo a la realidad inmanente, sino sólo una aspiración a lo universal que parte de cada cosa concreta<sup>8</sup>; Nietzsche, por su parte, aboga explícitamente por una inversión del platonismo, pues lo suprasensible se establece como una fuga explícita del mundo de la vida al dar primacía a una realidad situada más allá de ésta (de la vida), como un refugio imaginario a los problemas que en ella acaecen<sup>9</sup>.

De este modo, Nietzsche cierra un círculo que comienza con Aristóteles, es el último de una gran tradición (identificada con la tradición metafísica de Occidente) que el propio pensador alemán considera abocada a un nihilismo que ha de superarse si no quiere verse su fin<sup>10</sup>. Ese nihilismo se identifica con el desierto del canto del viajero, de modo tal que la metafísica no puede sino contemplar su avance, con Nietzsche como gran profeta y teórico

<sup>6</sup> «Die Wüste wächst: weh Dem, der Wüsten birgt!», F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*. KSA IV, De Gruyter, Berlin 1988, p. 375. El mismo fragmento que narra el canto del viajero también es publicado en la colección de poemas *Dionysos-Dithyramben* (En KSA VI, De Gruyter, Berlin, p. 379).

<sup>7</sup> G. Vattimo, *Introduzione a Nietzsche*, Laterza, Bari 1985, p. 3.

<sup>8</sup> Aristóteles, *Metaphysica*, I, 7, 988a. Parece ser que Aristóteles consagra un tratado a la crítica del sistema platónico, *Peri Ideôn*, el cual se pierde en la noche de los tiempos. De él se conoce a través de los comentarios de Alejandro de Afrodisias a la *Metafísica* aristotélica. V. Alexander Aphrodisiensis, *In Aristotelis Metaphysica Commentaria*, ed. M. Hayduck, Reimer, Berlin 1891.

<sup>9</sup> «Meine Philosophie umgedrehter Platonismus: je weiter ab vom wahrhaft Seienden, um so reiner schöner besser ist es. Das Leben im Schein als Ziel», F. Nietzsche, *Nachgelassene Fragmente 1869-1874*. KSA 7, De Gruyter, Berlin 1870, p. 156.

<sup>10</sup> «Es ist an der Zeit, dass der Mensch sich sein Ziel stecke. Es ist an der Zeit, dass der Mensch den Keim seiner höchsten Hoffnung pflanze», F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*. KSA IV, cit., p. 8.

que augura el predominio de la nada, del vacío de sentido<sup>11</sup>. La tradición occidental que da preeminencia a la metafísica es un desierto que crece. En el desierto no hay nada, pero tampoco puede haberlo. No es un mero espacio vacío que no se puede llenar, ni es un lugar inhabitado que necesite ser poblado. El desierto simplemente es allí donde impera la nada, es el lugar del nihilismo como una suerte de no-lugar<sup>12</sup>.

El viajero canta: «El desierto crece». No es sólo que cada vez la composición del yermo sea más mineral y menos orgánica, no es que cada vez el calor producido por el cambio climático empuje a la humanidad a un desplazamiento nómada hacia otras áreas del planeta. Más bien, lo que caracteriza a la desertificación es que implica cierta irrecuperabilidad del terreno: no se puede volver a cultivar el suelo del desierto. De ahí que desde antiguo, uno de los castigos más atroces a los enemigos sea el regar con sal sus tierras, condenando a la carestía no sólo a quienes sufren la derrota en el campo de batalla, sino también a las generaciones posteriores, como un recordatorio de que no deben levantarse en armas contra los vencedores, como una condena que los debilita de cara a la rebelión si permanecen en su nación o que directamente los expulsa de su suelo patrio al escasear los recursos para allí mantenerse.

### 3. *Salando los campos*

El castigo de salar los terrenos de cultivo enemigos está presente desde los albores de la humanidad. Era un castigo ritual en Oriente próximo, que forma parte del Herem, el castigo sagrado hebreo de aquel que atenta contra la comunidad judía<sup>13</sup>. Abimelec, hijo de Gedeón y autoproclamado rey de Israel, tras sofocar la rebelión de Siquem, ejecuta a todos los habitantes de la ciudad y luego cubre con sal sus ruinas<sup>14</sup>. Más cercana, y aunque también fundada, en parte, en la leyenda, está la destrucción de Cartago tras la ter-

<sup>11</sup> «Non è dunque una iperbole considerare Nietzsche come il massimo profeta e teorico del nichilismo», F. Volpi, *Il nichilismo*, Laterza, Bari 2009, p. 39.

<sup>12</sup> Es oportuna la referencia a Marc Augé a los pocos días de su fallecimiento. El no-lugar es un espacio intercambiable donde el individuo permanece anónimo. Tal idea casa con el nihilismo, pues también en la caída en el nihilismo, la existencia pierde su identidad más propia, en un dejarse arrastrar por la corriente en la que transcurre el entramado del mundo. V. M. Augé, *Non-lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Seuil, Paris 1992.

<sup>13</sup> *Deuteronomio* 13, 5-16.

<sup>14</sup> *Jueces* 9, 45.

cera guerra púnica: a pesar de la piedad de Escipión para con Asdrúbal<sup>15</sup>, las huestes de Roma venden como esclavos a sus ciudadanos y declaran «para siempre malditos aquel suelo y aquellos campos, de tal suerte que no se volviese a ver jamás en ellos casas ni sembrados»<sup>16</sup>. La historia está llena de ejemplos de castigos similares: no se salan los campos, pero el pago de reparaciones de guerra, como el que acuerda el Tratado de Versalles que debe hacer Alemania tras la I Guerra Mundial o la establecida por la UNCC que afronta Irak tras la Guerra del Golfo, empobrecen a la nación vencida.

La condena a la carestía del bando derrotado no afecta sólo a la generación que pierde la guerra, sino que el castigo se extiende a las generaciones futuras: la herencia que los vencidos dejan a su descendencia es el desierto, el terreno irrecuperable para el cultivo, donde no es posible alcanzar de nuevo la prosperidad y, por tanto, donde no «pueden contar con que saldrán victoriosos de la contienda»<sup>17</sup>. Las sociedades modernas tratan de paliar las funestas consecuencias de los castigos a los perdedores estableciendo el sueño de Kant de una confederación de estados libres<sup>18</sup>, pero que en sus distintas versiones no sirven para garantizar una paz mundial<sup>19</sup>, sino que más bien se mueven al compás que marcan los detentores de la hegemonía política global, entre otras cosas porque la paz es sólo una idea regulativa, un emblema vacío que se coloca al frente de las relaciones políticas pero que no oculta las divergencias ni los enfrentamientos que están a la base de lo político mismo, la confrontación del uno con el otro<sup>20</sup>.

Así lo que late en lo político y lo social es una idea metafísica: la vieja máxima heraclíteica de los opuestos, la guerra como motor generador de todo<sup>21</sup>, desde una contradicción que en muchos casos se trata de resolver en una superación trágica totalizadora que abarque los dos extremos y los su-

<sup>15</sup> Polibio, *Historiae* XXXIX, 2.

<sup>16</sup> «Den Boden und die Felder für immer verflucht, so dass dort weder Häuser noch Feldfrüchte jemals wieder zu sehen sein würden», T. Mommsen, *Römische Geschichte Band 3: Viertes Buch: Die Revolution*, Zabern, Darmstadt 2021, p. 45.

<sup>17</sup> «Können sie damit rechnen, den Wettbewerb zu gewinnen», R. Safranski, *Das Böse oder das Drama der Freiheit*, Hanser, München 1997, p. 140.

<sup>18</sup> I. Kant, *Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf*, en *AK VIII-Abhandlungen nach 1781*, De Gruyter, Berlin 1971, pp. 354-357.

<sup>19</sup> Ni la Sociedad de Naciones (1919) ni la ONU (1945) han conseguido su propósito de diálogo entre Estados a fin de evitar el drama de la guerra. Respecto de las alianzas comerciales entre países se mantiene la ambigüedad entre una paz necesaria que fomente el comercio (I. Kant, *Zum ewigen Frieden*, cit., p. 368) y las guerras fruto del espíritu capitalista.

<sup>20</sup> C. Mouffe, *The return of the political*, Verso, London 1993, p. 9.

<sup>21</sup> *Heraklitos*, B 53.

pera a través de un tercero<sup>22</sup> o simplemente se declara la incompatibilidad de los términos y hay que tomar partido<sup>23</sup>. Si bien la especulación metafísica trata de mediar de algún modo entre los opuestos, introduciendo un elemento externo a la dicotomía que fluctúe por encima de ella como herramienta que facilite la comprensión, la vida fáctica (que siempre es una existencia compartida con los demás<sup>24</sup>) presenta una disyuntiva en la que, en la oposición, cada uno de los antagonistas siempre está condicionado por el otro. Estos opuestos que se complementan son fundamentales para explicar la política y, por ende, la guerra. Carl Schmitt, uno de los grandes teóricos de lo político, formula la hipótesis de que en todos los dominios de la realidad se produce una oposición y que en el caso de la política es la de amigo y enemigo, cuya separación más extrema es la guerra<sup>25</sup>.

Si el desierto crece como castigo al vencido, hay entonces que abordar si la cuestión de la guerra acaso no trae como consecuencia el nihilismo. Las teorías progresistas, como la lectura kantiana, argumentan en favor de la paz mundial, tal vez porque la concepción del tiempo que manejan, un tiempo lineal, implica una superación paradigmática de las circunstancias en pos de un ideal: la humanidad y su perfeccionamiento<sup>26</sup>. Visto así, todo es cuestión de tiempo y sólo se está a la espera de que la razón y la modernidad lleguen a un punto tal en que la guerra quede abolida en virtud del posible diálogo entre amigos y enemigos, como parece pretender la economía liberal<sup>27</sup>. Independientemente de que tal opinión «ilustrada» sea en mayor o medida ingenua, es necesario señalar que el principal obstáculo para que el progreso tenga lugar, es que el tiempo mismo del nihilismo no es acorde a una temporalidad lineal, sino que en él el tiempo se «aplana», se nivela.

#### 4. *El tiempo del nihilismo*

El tiempo del nihilismo es un tiempo plano, donde los éxtasis temporales se cancelan del mismo modo que ocurre con la eternidad: el tiempo del nihilismo se supone una perpetuidad sin principio, sucesión ni fin. El recurso a la eternidad vale también para señalar la relación del nihilismo

<sup>22</sup> G.W.F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*. GW 9, Meiner, Hamburg 1987, pp. 29-49.

<sup>23</sup> S. Kierkegaard, *Elten-Eller*. SKS 2/3, Nordisk, København 1994.

<sup>24</sup> M. Heidegger, *Sein und Zeit*, Niemeyer, Tübingen 2006, p. 118.

<sup>25</sup> C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Duncker & Humblot, Berlín 1996, p. 45.

<sup>26</sup> A. Campillo, *Adiós al progreso*, Anagrama, Barcelona 1985, pp. 19-20.

<sup>27</sup> C. Schmitt, *op. cit.*, p. 55.

con el tiempo lineal: para la tradición cristiano-romana, la temporalidad se concibe como una línea progresiva en la que hay un principio, la Creación, y un final, el Apocalipsis, pero hay una excepción a dicha línea que la trasciende: la eternidad, relacionada con lo divino<sup>28</sup>. Tal concepción conlleva un nihilismo *supra-tempore*: la línea de la temporalidad viene de la nada y va hacia la nada, pues nada hay antes de la Creación ni nada hay después del Apocalipsis, sólo la eternidad divina, un tiempo que es «la plenitud de los tiempos»<sup>29</sup>.

El carácter lineal del tiempo cristiano se seculariza en la Modernidad en el concepto de progreso, pero continuando una tradición que, como se señala un poco más arriba, Nietzsche considera abocada al nihilismo: la concepción progresista-lineal del tiempo no permite un ulterior intento de superación del nihilismo como pretende, al ser sólo una variante de la teología<sup>30</sup>, pues el aplanamiento temporal no permite avance ni retorno. Frente a ello, el propio Nietzsche remite al eterno retorno, uno de los conceptos fundamentales que rescata de los antiguos griegos, para quienes el tiempo es cíclico, de modo que «lo que ocurre [en el futuro] es, pues, de la misma especie que lo que ocurre en el pasado y en el presente»<sup>31</sup>.

El tiempo «aplanado» del nihilismo parece que hace referencia bien al tiempo presente, bien a un futuro muy próximo, donde el nihilismo se instala bajo la forma del tedio profundo, de donde ya no es posible salir<sup>32</sup>. Un tiempo como el actual, donde parece que la guerra, la técnica y el consumo conducen al nihilismo, como un futuro que adviene y deja la desolación y la nada. De modo que la expresión «el desierto crece» parece un juicio sobre la época: desde finales del XIX, el aparente dictamen de Nietzsche es que el camino que la civilización está tomando conduce hacia a la nada, que es inminente la condena a una carestía futura en vistas de desertificar el presente. Sin embargo, el camino hacia la nada no es algo que surja desde hace relativamente poco, el modelo civilizatorio europeo no está abocado al fracaso a tenor de los últimos movimientos que las democracias occidentales

<sup>28</sup> F. Gilabert, «Aeternitas» vs. «Aei», *Heidegger y la ruptura con la teología*, en «Analele Universitatii din Craiova. Seria: Filosofie», 46, 2 (2020), p. 83.

<sup>29</sup> *Gálatas* 4, 4-5.

<sup>30</sup> M. Heidegger, *Nietzsches Wort «Gott ist tot»*, en *Holzwege*, V. Klostermann, Frankfurt am Main, p. 203.

<sup>31</sup> «[...] that whatever is to happen will be of the same pattern and character as past and present events», K. Löwith, *Meaning in History. The Theological Implications of Philosophy of History*, University of Chicago Press, Chicago 1949, p. 6.

<sup>32</sup> M. Heidegger, *Die Grundbegriffe der Metaphysik: Welt – Endlichkeit – Einsamkeit*, V. Klostermann, Frankfurt am Main 1983, pp. 217-227.

hacen en el tablero. Lo que Nietzsche afirma sobre el avance del desierto no son palabras acerca de la época actual<sup>33</sup>, más bien es un grito metafísico, el grito donde está contenido todo el pensamiento de Nietzsche, la última gran alocución de la metafísica.

## 5. *Un pensamiento metafísico*

La prescripción heideggeriana acerca de Nietzsche lo pone en relación con Aristóteles, esto es, lo considera como un pensador esencialmente metafísico<sup>34</sup>. Esto significa que trata de responder también a la pregunta por el ente y no a la del ser. Cuando Nietzsche se pregunta por el ente, su respuesta es «voluntad de poder». La gran obra de Nietzsche, aquella que expone su verdadera filosofía, lleva ese título... pero no está redactada como tal, sino que está dispersa en los *Nachgelassene Fragmente*<sup>35</sup>.

La metafísica pregunta por el ente y con ello pretende salvar el problema del ser, el problema fundamental a la hora de captar la realidad de modo radical, pero realmente relega el ser al olvido, pues se atiene exclusivamente al ser del ente y no al ser en cuanto ser. Si la pregunta por el verdadero fundamento se olvida, resulta que todo lo construido por la tradición metafísica se desmorona, pues los cimientos se asientan sobre la pura nada. También Nietzsche forma parte de este entramado metafísico, aunque va bien encaminado: la tradición metafísica, cuando llega a su etapa moderna, quiere un techo seguro al que acogerse y de Descartes a Husserl se considera que los presupuestos para lograrlo han de ser los mismos que los de una ciencia estricta que permita alcanzar un conocimiento seguro y fiable<sup>36</sup>, mientras que Nietzsche, aunque también preocupado por la ciencia, acierta al situar un elemento externo para poder dilucidar cualquier referencia a ésta: el arte<sup>37</sup>.

La historia de la metafísica, desde una óptica nietzscheana, debe derivar hacia lo artístico, pues el arte puede exponer la violencia del avance del desierto. Esa deriva hacia el arte es el proyecto de la obra no escrita: el «gran estilo», un supremo sentimiento de poder, pues el arte es un concepto

<sup>33</sup> M. Heidegger, *Was heibt denken?*, Stuttgart, Reclam 2015, p. 21.

<sup>34</sup> *Supra*, G. Vattimo, *op. cit.*, p. 9.

<sup>35</sup> M. Heidegger, *Nietzsche I*, Frankfurt am Main 1996, p. 5.

<sup>36</sup> F. Gilabert, «*Fundamentum Scientiae*». *Heidegger y el no-pensar de la ciencia moderna*, en «Azafea. Revista de filosofía», 24 (2022), pp. 187-199.

<sup>37</sup> M. Heidegger, *Nietzsche I*, cit., p. 64.



jerárquico en tanto que desprecia la belleza corta<sup>38</sup> y en tanto que lleva la totalidad de la existencia a la decisión, la mantiene en ella y por eso se somete a condiciones únicas<sup>39</sup>. El saber de Nietzsche acerca del arte y su lucha en favor de la posibilidad del gran estilo están dominados por la visión de lo perfecto, pero de manera tal que está sometido a condiciones únicas: defiende una estética fisiológica que toma el naturalismo no como algo calculable y accesible para una razón no perturbada y válida por sí misma, como ocurre en la etapa moderna, sino que, más bien, resalta la pobreza y la necesidad de una victoria, en tanto que ha de crear previamente las condiciones existenciales y entregarse y abrirse a ellas<sup>40</sup>. Esos planteamientos también responden a la pregunta por el ser del ente. Pero sucede que, en el caso de Nietzsche, el ser no es ser, sino devenir, esto es, sobrevenir, acaecer, llegar a ser: el ser está en el futuro. Este es su grito metafísico.

## 6. *El precio de la sal*

El grito metafísico de Nietzsche, donde expone todo su saber<sup>41</sup>, constituye un «único» pensamiento, único tanto por su singularidad, como porque trata de responder a la misma pregunta que el resto de la tradición, la pregunta por el ser del ente. La sentencia «el desierto crece» descubre cómo se reconoce el propio Nietzsche a partir de lo expuesto en *Also sprach Zarathustra* como pórtico de todo su verdadero pensamiento, el cual sólo se desarrolla en la obra no escrita<sup>42</sup>. La voluntad de poder como respuesta al ser del ente es algo que sobreviene como un proceso de expansión del propio ser, lo que lo vincularía a la *physis*, «en tanto que ser mismo, en virtud de lo cual el ente llega a ser»<sup>43</sup>. Esa expansión es una lucha contra toda la trascendencia y una forma de afirmar la vida como lo que siempre aspira a más, pero no como un fin o un objetivo, sino como negación de lo que difiere de ella<sup>44</sup>, a saber, lo trascendente.

<sup>38</sup> F. Nietzsche, *Nachgelassene Fragmente*, cit., XIV, 145.

<sup>39</sup> M. Heidegger, *Nietzsche I*, cit., p. 126.

<sup>40</sup> «Das Naturliche, das seine physiologische Ästhetik meint [...] d. h. das für eine scheinbar ungeklärte und für sich gültige Menschenvernunft Berechenbare Eingängliche», *ivi*, p. 129.

<sup>41</sup> M. Heidegger, *Was heißt denken?*, cit., p. 36.

<sup>42</sup> M. Heidegger, *Nietzsche I*, cit., p. 2.

<sup>43</sup> «Die *physis* ist das Sein selbst, kraft dessen das Seiende erst beobachtbar wird und bleibt», M. Heidegger, *Einführung in die Metaphysik*, Niemeyer, Tübingen 1987, p. 11.

<sup>44</sup> G. Deleuze, *Nietzsche et la philosophie*, Presses Universitaires de France, Paris 1997, p. 97.

La afirmación de la vida y la ruptura con lo trascendente, sin embargo, implican un precio a pagar. Es el precio de la sal con que se riegan los campos enemigos: una afirmación de la vida tal implica un acto de libertad que puede considerarse como una victoria, pero con consecuencias negativas, pues la carestía no sólo llega al vencido, a quien se opone a la vida inmanente y anhela lo trascendente, sino también al vencedor. En Nietzsche, esto se representa con la muerte de Dios<sup>45</sup>: con el asesinato de lo divino se comete el mayor acto de libertad y se abre la puerta al futuro, pues desde que dicha muerte es hecha pública no hay que ajustarse al guion establecido por el Creador y sus predicadores, rompiendo con ello el límite mismo de la libertad. Pero el no seguir la pauta y situarse en el sin-límites de la libertad, la transgresión en cuanto tal, tiene una consecuencia no calculada: el ser humano pierde su posición privilegiada como la criatura más importante de la Creación divina, como interlocutor mundano de lo sagrado, pues la muerte de Dios no deja nada grato en herencia, sólo la pesada carga de su responsabilidad.

Con la muerte de Dios se derrumba el modelo teocrático. Si bien se pretende una suerte de deificación de lo humano a fin de que ocupe el espacio vacío que el deicidio ocasiona, los mortales no están a la altura de la responsabilidad, o al menos aún están intentando en hacerse dignos del puesto. No le queda otra a la humanidad que seguir intentándolo, pero ya no le parece una tarea apetecible. Con la pauta dada por la religión no hay sorpresas, pero cuando lo sacro es denostado el paradigma se rompe y todo es nuevo e insospechado, vagándose sin rumbo ni dirección. Ya no queda nada sólido que sea predecible y controlable<sup>46</sup>, que constituya un paradigma del mundo: hay conciencia del advenimiento del nihilismo.

## 7. *El espacio (vacío) de los valores*

Nietzsche interpreta metafísicamente la marcha de la historia occidental como surgimiento y despliegue del nihilismo. Volver a pensar con Nietzsche, desde Nietzsche, es meditar como la historia de Occidente lleva al nihilismo. Pero también Nietzsche mismo está bajo el signo del nihilismo en tanto que su filosofía es una reacción a la metafísica de Platón y Aristóteles que señalan a lo trascendente y suprasensible como la pauta para el mundo

<sup>45</sup> F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft. KSA III*, De Gruyter, Berlin 1999, 3-125, p. 477.

<sup>46</sup> Z. Baumann, *Liquid Modernity*, Blackwell, Oxford 2000.

de la vida: el primero, situando un mundo más allá en el que habitan las entidades perfectas y del cual este mundo sensible sólo es una copia defectuosa, obra de dioses menores<sup>47</sup>; el segundo, al establecer un mundo de sentido a través de nociones y conceptos universales que están más allá de lo fáctico<sup>48</sup>. La reacción de Nietzsche contra el mundo suprasensible mantiene la esencia de aquello contra lo que lucha, no puede escapar de la metafísica. Ese es el sentido de la muerte de Dios: la caída del mundo suprasensible que constata la nada que hay tras los valores que profesa<sup>49</sup>.

El espacio vacío tras valores suprasensibles es el sentido del nihilismo. Parece como si colocar un nuevo valor en el lugar del valor perdido puede contener el nihilismo, pero este sale en tromba por los resquicios, pues los nuevos valores, muerto Dios como su garante, siempre son provisionales y es difícil que se ajusten exactamente a la silueta que los valores depuestos dejan en el espacio, y por los resquicios se escapa la nada a borbotones. Y sin embargo, la nada no es nada, no es como una fuga que se pueda taponar, sino que es sólo un inmenso vacío. Porque el nihilismo no es una opinión cualquiera, no es una mera manifestación epocal<sup>50</sup>. No es como el humanismo, el cristianismo o la Ilustración, que son formas que adquiere la metafísica a lo largo a de la historia, sino que va de suyo en la propia metafísica, de manera intrínseca y anterior, pues la Ilustración, el cristianismo y el humanismo escriben un guion a través del cual lo suprasensible permite soportar lo sensible. Pero con el nihilismo se deja translucir que el lugar de los valores que sirven de pilares está vacío y todo lo que se coloque en ese espacio sólo tiene sentido de manera efímera y volátil. El nihilismo supone que los valores instaurados pierden relevancia y, con ello, que el mundo se desmorone. Pero el mundo continúa, aún sintiendo ese vacío de sentido<sup>51</sup>.

Aunque los valores de lo suprasensible desaparezcan, ahí queda su hueco. Nietzsche quiere dar un paso más con el nihilismo consumado y eliminar el lugar mismo de lo suprasensible, el ámbito desde donde se instauran esos valores<sup>52</sup>. No hay que llenar el hueco, sino invertir la manera de valorar, transvalorar los valores conforme a la voluntad de poder. Pero esa voluntad de poder también forma parte de la tradición metafísica, pues sigue inten-

<sup>47</sup> Platón, *Timeo*, 42e-47e.

<sup>48</sup> Aristóteles, *Metaphysica*, VII, 13, 1038b.

<sup>49</sup> M. Heidegger, *Nietzsches Wort «Gott ist tot»*, cit., p. 214.

<sup>50</sup> *Ivi*, p. 201.

<sup>51</sup> *Ivi*, p. 207.

<sup>52</sup> *Ivi*, p. 208.

tando disponer valores, aun cuando lo que busque sea cambiar de lugar el hueco vacío. Por eso, toda la interpretación nietzscheana de la tradición metafísica como despliegue del nihilismo también es metafísica.

### 8. *Guerra, técnica y voluntad de poder*

La muerte de Dios anuncia el advenimiento del nihilismo, que está imbricado en la propia historia de Occidente desde su origen, pero que no se despliega en su totalidad hasta la época moderna. El nihilismo es aquello que nos muestra como extraño todo lo que era familiar y cotidiano<sup>53</sup>. La metafísica oferta un lugar seguro de cuyos fundamentos no hay que hacerse responsable, pero en lo extraño en medio del páramo inhóspito al que conduce el nihilismo no hay nada a lo que acogerse. La metafísica da un techo seguro, pero ahora se desmorona, pues sus cimientos están corroídos desde que se establecieron, pues no se asientan sobre un suelo seguro. La metafísica de Nietzsche, aun siendo consciente del inminente derrumbe, no trata más que apuntalar: se preocupa de sostener el techo del hogar metafísica, pero no puede determinar el fallo estructural que presentan los cimientos. Esto efectivamente es el problema de Nietzsche: a pesar de señalar que la cuestión del nihilismo no es algo de la época actual, sino que está en la instauración del platonismo, es decir, en los albores del pensamiento griego, sigue pensando que es posible salvar los muebles entonando un canto a la vida que permita la supresión del mundo suprasensible y glorifique la sensualidad con su melódica armonía.

Ese es el propósito de la transvaloración de los valores: es una vuelta a la casa en ruinas familiar para transgredir su estructura y mostrar aquella fuerza que lo transgrede como un marco nuevo para el viejo hogar: la voluntad de poder. En ella resuenan con fuerza las ambiciones del ser humano por lograr sus deseos, como una instauración por la fuerza de su dominio. Eso convierte al ser humano en un ser inquietante: es el ser que domina y transforma el mundo, encaminándose unas veces al mal y otras al bien<sup>54</sup>. Señalarlo con estas características implica captarlo desde los límites más extremos y desde los escarpados abismos de su ser<sup>55</sup>. Las formas que em-

<sup>53</sup> F. Gilabert, *Parajes inhóspitos: inquietud, familiaridad, mundaneidad*, en «Philosophical Readings», XIII, 3 (2021), pp. 202-208.

<sup>54</sup> Sófocles, *Antigone*, 366-367.

<sup>55</sup> M. Heidegger, *Einführung in de Metaphysik*, cit., p. 158.

plea para su dominio y transformación son la guerra y la técnica, a la postre estrechamente imbricadas, como bien expone Jünger en *Die totale Mobilmachung*<sup>56</sup>.

Sin embargo, hay que exponer una serie de matices que diferencian el sentido último de una y otra, de la técnica y de la guerra, si bien ambas conducen a lo mismo, al nihilismo, por caminos paralelos que a veces se entrecruzan las razones de su arrastrarse hacia la nada son bien distintas, como las dos cabezas de un ettin nihilista<sup>57</sup>. La lectura que hace Heidegger de los entramados del mundo de la técnica y la tecnología en la contemporaneidad son los que condicionan la interpretación acerca su relación con el nihilismo: en *Die Frage nach der Technik*<sup>58</sup>, expone que si bien la técnica es instrumento necesario para la supervivencia humana, en los tiempos modernos se considera como un fin en sí misma y no como un medio, lo que lleva aparejado una suerte de desarraigo que hace que el ser humano mismo pase a formar parte de un fondo disponible dominado por la técnica y desde el que la técnica domina. Una analogía con la guerra en este punto es clara: de igual modo que ocurre en la técnica, los ejércitos se forman con un fondo disponible de seres humanos que ejercen de soldados en tiempos de guerra. Las tropas son el modo en que la guerra se ejerce la voluntad de poder: mediante ellas se domina y además son dominados en tanto que tienen el deber militar de obedecer.

Esta analogía, inquietante, señalaría que la técnica y la guerra van parejas, conduciendo al nihilismo tanto en lo técnico como en lo bélico, pero hay una diferencia fundamental y de ahí que se presenten de forma autónoma: la cuestión del suelo patrio. En el caso de la técnica, ésta no tiene una tierra natal como excusa, el capitalismo que lleva intrínseco el desarrollo más extremo de la tecnología no conoce fronteras, aspirando a un libre mercado sin límite alguno (salvo por supuesto, los límites de la propiedad privada y de los intereses del propio capital y sus agentes). El ejemplo son las multinacionales que tienen negocios establecidos en varios países en función de las leyes que sean más convenientes para sus beneficios: en un determinado

<sup>56</sup> E. Jünger, *Die totale Mobilmachung*, en *Essays I*, Cotta, Stuttgart 1980, pp. 119-142.

<sup>57</sup> En la mitología nórdica, un ettin es un malvado gigante bicéfalo, emparentado con los jötunn, donde cada una de sus dos cabezas es autónoma de la otra y controla un lado del cuerpo, siendo fundamental entonces el entendimiento entre ambas a fin de realizar los más básicos movimientos, aunque los motivos, deseos y razones son independientes en cada una. V. S. Sturluson, *The Prose Edda* (trad. por J. Byock, Penguin, London 2006).

<sup>58</sup> M. Heidegger, *Die Frage nach der Technik*, en *Vorträge und Aufsätze*, V. S. Klostermann, Frankfurt am Main 2000, pp. 5-36.

lugar se fabrica porque la mano de obra es más barata, en otro se distribuye porque quienes allí habitan tienen un mayor poder adquisitivo, en este otro se pagan impuestos porque tienen una política fiscal más benévola con las empresas, y finalmente en este otro distinto se cotiza en bolsa puesto que los activos financieros necesita que se negocien con sus términos para los inversores.

### 9. *La cuestión de un suelo*

La tecnología y la economía que controla no conciben más suelo propio que el mercado, que siempre es transnacional. La guerra, sin embargo, siempre viene dada históricamente por cuestiones territoriales y políticas, la oposición schmittiana de amigo y enemigo como centro de toda la reflexión acerca de lo político establece al Estado como la comunidad suprema y más intensa, pues es el estatus político de un pueblo bien organizado sobre un territorio delimitado<sup>59</sup>. La comunidad se concibe como un conjunto de personas esencialmente ligadas, por lo que el nexo entre ellas debe apelar a lo más profundo de su ser, a su esencia, y que ésta sea dada colectivamente, es decir, para todos y cada uno de los miembros de una comunidad.

La comunidad se asienta en tres puntos fundamentales: la tradición, el espíritu y el lenguaje<sup>60</sup>, ello constituye un suelo mucho más profundo que el territorio físico. Esa es la diferencia entre un nacionalismo de pertenencia y la meditación sobre la esencia de un pueblo, lo que la nación es en tanto que colectivo y mundo al que uno pertenece. En muchas ocasiones el término «suelo» sirve para apoyar la noción de «fundamento», como aquello que sostiene una determinada cosmovisión, en este caso de lo político, pero el mero territorio y la mera estatalidad no constituyen este suelo.

Desde ahí puede vislumbrarse una fractura con la noción del Estado, un ente burocrático, en muchos casos artificial, pues quiere establecer una pertenencia al mismo en función de emblemas sin tener en cuenta la adscripción social de cada existencia. Esa fractura se deja translucir en varios emblemas de lo político como la guerra civil o las figuras del desertor o del

<sup>59</sup> C. Schmitt, *op. cit.*, p. 20.

<sup>60</sup> F. Gilabert, *The concept of Volk in Heidegger as an exponent of fundamental ontological structure of Mit-Sein*, en «Diacrítica. Revista do centro de estudos humanísticos», 30, 2 (2016), pp. 73-85.

insumiso. En ellos se demuestra que la polarización amigo-enemigo no es sólo una pertenencia patriótica, sino que hay algo más. Sin entrar activamente en la cuestión de lo político y su construcción en la política, es preciso dejar en claro que el conflicto, con la guerra como su caso más extremo, es una cuestión identitaria, que es precisamente lo que despoja a la guerra de todo matiz técnico, pues la «marca» como tal es sólo un desvío que toma el neoliberalismo para vender sus opciones y establecer nichos de mercado con los que identificar las diversas subjetividades consumidoras, pero que en sí no remiten a nada ulterior.

### 10. *Medallas de guerra para el Übermensch*<sup>61</sup>

La proclama del viajero, «el desierto crece» es el pensamiento más profundo de Nietzsche<sup>62</sup>. La guerra es uno de los modos más en que este desierto crece, sólo una de sus manifestaciones, pero no el avance mismo en cuanto tal del desierto, sólo es una manera de expandirse, pero no el motor mismo que mueve a la expansión. Mientras se confunda el nihilismo con sus manifestaciones, la postura respecto al mismo siempre será superficial<sup>63</sup>. La guerra no puede ser entonces causa y origen del nihilismo. Por tanto, Heráclito, que señala que todo proviene del conflicto<sup>64</sup> o bien no tiene razón o bien no se refiere a las guerras estatales, a las diferencias colectivas. Nietzsche mismo sirve para aclarar a qué se refiere Heráclito. El canto del viajero se completa con un lamento: «El desierto crece, ¡ay de aquel que esconde desiertos!». El desierto habita en el interior de los seres humanos, unos parecen mostrar ese desierto y otros no, lo ocultan, lo esconden. La guerra siempre se desarrolla en el interior del ser humano: él es responsable de que el desierto crezca y no ahora, sino que lleva haciéndolo desde su mismo origen.

¿Qué significa que la lucha está siempre en el interior del ser humano? ¿Qué significa que en él habita el desierto y desde él se expande? Que el

<sup>61</sup> Se ha decidido dejar el término en el idioma original alemán para así identificar al conjunto de los seres humanos, independiente de su género, en lugar del tan manido «super-hombre».

<sup>62</sup> *Supra*, M. Heidegger, *Was heibt denken?*, cit., p. 36.

<sup>63</sup> «Solange wir nur Erscheinungen des Nihilismus für diesen selbst nehmen, bleibt die Stellungnahme zum Nihilismus oberflächlich», M. Heidegger, *Nietzsches Wort «Gott ist tot»*, cit., p. 205.

<sup>64</sup> *Supra*, *Heraklitus*, B 53.

ser humano no se ha posicionado conforme a su propia esencia. Ese ser humano ha de ser superado por otro tipo de humanidad, la del *Übermensch*. La humanidad anterior está asentada sobre un suelo «prestado» y por ello no se ha reconocido aún: cree que tiene un hogar en alguna parte en función de un entramado ideológico que denomina metafísica. A pesar de una vida saciada y plena, como la que otorga la vida moderna, la humanidad tiene sus tierras regadas con sal, pero esto no es castigo de un enemigo, sino que es ella misma la que sala los campos y se condena a la penuria: aún dominando la tierra en su totalidad, sigue soportando penurias.

En los planteamientos acerca del nihilismo de Nietzsche y la lectura que Heidegger hace de ellos, cuando se hacen referencias al término «esencia» no se busca denotar un carácter íntimo ni es aquello que apunta a lo característico de un ente, sino que con ella se alude a lo que ese ente «es», en este caso el ente «ser-humano». No es lo permanente ni lo invariable, sino que más bien es al contrario: lo que «es» siempre está sujeto a una suerte de temporalización<sup>65</sup>, lo cual, rompe con la temporalidad «plana» que deriva del nihilismo<sup>66</sup>. Esta temporalización es lo que permite trascender al *Übermensch* desde la humanidad anterior.

Pero este salto trascendente no implica el fin de una esencia humana y el origen de una esencia «super-humana», sino que se refiere a la misma esencia, la de lo humano en general, sólo que transmutada para asumirla conforme a lo que ella misma «es», pues desde el alba de los tiempos, no se ha tomado posesión por entero de ella, en tanto que no se ha conseguido averiguar qué es en cuanto tal, de modo que no cumple ni siquiera el ser metafísico que le requiere su propio entramado ideológico y que le proporciona un techo seguro bajo el que acogerse.

Pero el *Übermensch* no es una simple elevación de la humanidad a un estatus metafísico superior, permitiéndole volver a hacer que florezca el desierto, sino que más bien es un salto que lo eleva sobre la metafísica, en tanto que conduce por primera vez la esencia del ser humano a su verdad, permitiendo asumirla<sup>67</sup>. Puede parecer que este salto es una condecoración por honores de guerra, pues el héroe siempre es un sujeto excepcional, que se destaca en el campo de batalla. Pero en este caso, la medalla es el retiro: el hombre loco llega demasiado pronto<sup>68</sup>, Zarathustra se retira al medio-

<sup>65</sup> V. M. Heidegger, *Sein und Zeit*, cit.

<sup>66</sup> V. *supra*, M. Heidegger, *Die Grundbegriffe der Metaphysik*, cit., pp. 217-227.

<sup>67</sup> M. Heidegger, *Was heibt denken?*, cit., p. 43.

<sup>68</sup> F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, cit., p. 478.



día con destino desconocido, pues Occidente aún no está preparada para el advenimiento del *Übermensch*<sup>69</sup>. Hay algo de desertor en Zarathustra al volver al ostracismo, a la soledad del eremita, a la soledad de quien vive en la *eremía*.

### 11. *Conclusión: el desierto nunca cambia*

«El desierto crece». Una imagen visual del desierto evoca un paisaje monótono, sin cambios. Lo mismo que el tiempo «aplanado» pero ahora lo que se nivela es el espacio, donde todo es igual, donde nunca cambia nada. *Eremía* es la soledad, pero también es el desierto como tal y, por ende, la carencia propiamente dicha. Una planicie visual que llega al horizonte revelando la escasez del yermo. *Eremía* también significa «ausencia de enemigos». Tal término viene de *eremos*, el desierto, la tierra baldía, pero también la privación, de nuevo la carencia, y junto a ella la indefensión. ¿De quién hay que defenderse en el desierto, si los enemigos están ausentes? Precisamente *eremos* también designa el juicio donde no comparece el acusado. *Eremoo* significa devastar, desolar: es aquello que hace el victorioso frente al derrotado, cuando llena de sal los campos, cuando condena a la carestía. Sin embargo, el verbo *ereo*, que comparte raíz etimológica, significa preguntar, interrogar, buscar, investigar<sup>70</sup>... esa es la labor del pensador, quien es consciente de que el desierto corroee en el interior y empuja a vagar por la tierra de hierro<sup>71</sup>, sabiendo que frente a sí sólo queda el desierto.

La expresión «el desierto crece» supone un advenimiento del nihilismo y no del *Übermensch*. Descubrir que el desierto se esconde en el interior mismo de lo humano y que desde ahí extiende su desolación está más allá de toda guerra, pues abarca a la propia existencialidad, lo cual va más allá de una identidad colectiva que pueda llegar al conflicto con otra, mucho menos que se señale a través de un territorio delimitado cualquiera.

<sup>69</sup> F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, cit., p. 407.

<sup>70</sup> Para el análisis etimológico nos hemos apoyado en J.M.S. Pabón de Urbina, *Diccionario manual griego clásico-español*, Vox-Spes, Barcelona 1967, p. 253.

<sup>71</sup> *Deuteronomio* 28, 23.

English title: We will fill your Fields with Salt. Reflections on War and Nihilism

### Abstract

*Friedrich Nietzsche proclaims the advance of nihilism in Also sprach Zarathustra with the phrase “The desert grows (die Wüste wächst)” and thereby puts the entire metaphysical tradition in check, for nihilism is not the fruit of political, social and cultural movements, but has belonged to the West since its own Greek dawn. Nihilism is imbricated in the history of the forgetting of being, but it only becomes visible when a transmutation of values takes place. War, for its part, can be interpreted either as an imposition of new values or as a defence of old ones, but in the end it is still part of the nihilistic game, since the space occupied by these values is located in the metaphysical framework that favours the forgetfulness of being. One might suppose that this space, when it is deserted (empty), it is possible to try to locate new values. But that Nietzsche points to nihilism with the metaphor of the desert is no coincidence, for the desert is characterized by the fact that there is nothing, nor can there be, it is nothingness as such: the desert is characterized by the irretrievability of the terrain: desertified land cannot be cultivated again. This brings us back to the war, for the victorious side filled the fields with salt in order to condemn the future generations of the defeated enemy to famine. This punishment, the imposition of a desert, can serve as a metaphor with which to establish a relationship between war and nihilism, not because war is another form of nihilism, but rather to show that, from its origin, established as a Heraclitean war of opposites, nihilism is part of a tradition condemned to the oblivion of being.*

Keywords: war; nihilism; desert; famine; punishment.

Fernando Gilabert Bello  
Universidad de Màlaga  
[fgilabert@uma.es](mailto:fgilabert@uma.es)